

Referencias sobre la inmigración en Cataluña

HORACIO SÁENZ GUERRERO*

UN PROCESO

LAS mecánicas que han determinado en el mundo los movimientos migratorios son perfectamente conocidas y constituyen hoy, de hecho, una ciencia en la que difícilmente caben las improvisaciones. Caben, sí, las imprecisiones, porque no siempre la vida ha sabido elaborar, día a día, los datos que luego permitirían elaborar la historia. Y caben también, por supuesto, las grandes zonas casi en blanco, o de muy diversos modos estructuradas —en general, según las inclinaciones de cada cual— donde permanecen sin precisar los valores reales que en lo social, en lo cultural, en lo político y en lo humano representan los cuerpos inmigrados. Así sucede, hoy todavía, en gran parte de Cataluña. Quizá porque (y esta es una conjetura que efectúo bajo mi exclusiva responsabilidad) a lo largo de los lustros, más concretamente en los últimos cuarenta años, la asimilación se ha ido efectuando tenue y 'constantemente al no darse motivaciones políticas activamente disgregadoras o demagógicas. Quizá también (y probablemente por las dos razones) porque todas aquellas porciones de la inmigración que no había encontrado su puesto ha regresado a los lugares de partida, donde ya ahora, es menos difícil situarse, entre otros motivos porque el equipaje no se limita a la maleta de madera con que se marchó sino que consta, por un lado, de unos ahorros efectivos y de unas experiencias muy útiles y, por otro, porque suele dejar, en la región donde encontró refugio un día, parientes que ya han llegado a la menestralía y están llegando a la burguesía. Por estas causas creo yo que si nos alejamos, como debe hacerse, de la época que media entre los años diez y la Guerra Civil, Cataluña y su inmigración ha constituido un curioso fenómeno de armonía y entendimiento mayoritarios que ahora permiten afirmaciones de solidaridad que algunos tachan de oportunistas, pero que, aun cuando lo fuesen, responden a una realidad. Por ejemplo, algunas de las manifestaciones más representativas del costumbrismo de otras tierras españolas —sea el Rocío, la Semana Santa andaluza, o las fiestas del Pilar— se reproducen en la provincia de Barcelona con una viveza y autenticidad multitudinarias asombrosas. Las tareas culturales de otras autonomías pueden desarrollarse en Cataluña, más concretamente en Barcelona, con todas las facilidades y libertades imaginables. Ha sido la Generalitat la que ha tenido la iniciativa de crear un centro aglutinador y difusor. Y me consta que si no disfruta de una vida floreciente es porque no halla en las otras comunidades el eco deseable y necesario.

* Logroño, 1923. Periodista. Ex-director de "La Vanguardia". Fundador de la Escuela de Periodismo de Barcelona. Premio Mariano de Cavia en 1987. Premio Príncipe de Asturias de la Comunicación.

Otro dato: éste, anecdótico pero muy sugestivo, consiste en señalar —y probablemente no hay en toda España, con la única excepción, muy relativa, de Madrid— una ciudad donde sea posible hallar comercialmente y disfrutar gastronómicamente todas las producciones del arte de la alimentación nacional.

Un último dato socialmente significativo: las Casas Regionales no tuvieron nunca en Cataluña una existencia dinámica y palpitante. De vez en cuando, un festejo, un acto simbólico... Nada más. Las creó la nostalgia, el afán inconfesado de no perder una identidad que en muchos casos no existía y en muchos más nadie amenazó, ahora ya son reliquias. Nadie las necesita. Esa decadencia quiere decir algo y ese algo conviene no olvidarlo.

Desde que se dispone de censos fiables, el año pasado y el anterior fueron los primeros en que la natalidad se ha mantenido con los mismos números que en 1980. En cuanto a la evolución migratoria, ya en 1986 el saldo fue negativo: se marcharon más personas de las que vinieron por vez primera en más de medio siglo. Desde 1982, Barcelona ha perdido casi 120.000 habitantes. Lérida y Tarragona no presentan diferencias sustanciales (Lérida sigue perdiendo una constante de unos cinco mil habitantes y Tarragona está equilibrada). Gerona sigue acogiendo emigrantes; alrededor de 10.500 personas anuales. Las distribuciones territoriales han variado, comportándose unas comarcas de manera mucho más dinámicas que otras. La explicación no admite dudas: son las de economía más diversificada y con más amplio sector de servicios. Lo curioso es que el barcelonés, la zona en que ambas características se dan con más claridad, haya sido la comarca que más población ha perdido por emigración.

El Consorci d'Informació i Documentació de Catalunya no se ha manifestado pesimista ante tales circunstancias, aun cuando me permito observar algún tipo de preocupación por el descenso demográfico, de consecuencias nunca deseables para una sociedad. En cambio, que los un día inmigrados abandonen sus lares adoptivos no es más que un fenómeno común a todas las áreas metropolitanas europeas.

Una observación interesante la proporciona Anna Cabré, directora del Centre d'Estudis Demogràfics: «No creo que la riqueza económica dependa de la expansión de la población. El impacto de la crisis económica es diferente según sea la estructura de la población. Eso explica que mientras en Cataluña provoca un saldo migratorio negativo, en Andalucía siga siendo -positivo. En cualquier caso, en las zonas industriales donde la expansión económica atrajo grandes contingentes de población, la tendencia se ha invertido y el saldo migratorio tiende ahora a ser negativo. Por otra parte, el paro juvenil reduce o retrasa sensiblemente la nupcialidad, con lo que el primer hijo llega más tarde y se reduce la prole».

En el marco de consideraciones históricas que nos ocupa, tiene interés averiguar cuáles son los motivos por los que se ha invertido una tendencia trascendental para Cataluña desde el siglo XIX. Las razones de que haya dejado de ser tierra receptora de inmigrantes son varias: «aquí ya no se encuentra trabajo», «volvemos al pueblo porque aquí ya no nos ganamos la vida», «la vida en Cataluña

DEMOGRAFÍA Y EMIGRACIÓN

ACTITUDES AFORTUNADAS

es muy cara», «allí de donde vinimos las cosas van mejor». Un caso muy representativo fue el de la SEAT, en Barcelona; unos mil doscientos trabajadores se acogieron a la indemnización de dos millones de pesetas y se fueron de su tierra. Otro motivo, aunque menor, de la emigración consiste en los funcionarios y técnicos que no se han visto capaces de acomodarse al proceso autonómico, sobre todo por lo que se refiere al idioma.

Cuando comenzó el proceso de autonomía, se hizo factor dominante la interrogación sobre en qué medida iban a entenderse o, como recurso, a soportarse, un pueblo como el catalán, al que se devolvía lo que se ha venido en llamar «señas de identidad», y un pueblo no catalán o, en el mejor de los casos, catalán de adopción, que forzosamente iba a verse sometido, con mayor o menor facilidad, a un proceso de acomodación y aprendizaje que, si por un lado presentaba problemas tangibles de pedagogía y de docencia, por otro podía trastornar sentimientos muy delicados, no siempre equivocadamente hipersensibles y siempre respetables. Pues bien, no se han producido tensiones de consideración.

Cierto que Barcelona, como todas las grandes ciudades, tiene barrios penosos; «ghettos» de droga, delincuencia y prostitución; sectores marginados de naturaleza obrera inmigrada, con grandes índices de paro, algún grado de criminalidad, carente de servicios y de equipamientos, amplios lugares realmente vergonzosos donde trabajan, en tareas auténticamente misioneras, auxiliares sociales, maestros y maestras y poco más. Aun así, no puede decirse que haya habido enfrentamientos, ni siquiera verbales, de ningún género. Quizá porque debe pensarse que prácticamente todos ellos llevan viviendo aquí familiarmente desde no hace menos de medio siglo. Dos generaciones son ya catalanas. Debe hacerse constar que desprecian todas las formas de política más o menos moderadas con lo que sólo podrían reñir entre ellos. Por otra parte, en la provincia de Barcelona concretamente, casi la mitad de la población es inmigrada de modo que el castellano resulta ser la lengua materna de toda ella. En este sentido, la Generalitat está actuando con pragmática prudencia acudiendo primordialmente a lo vital y materialmente obligado, en la esperanza de que lo demás se dará por añadidura.

No ha querido actuar sobre la inmigración, pero en la medida en que la actual crisis económica ha pesado especialmente sobre los eslabones más débiles de la cadena productiva, ha debido ocuparse de la franja de obreros sin trabajo y sin subsidio, y en un elevadísimo porcentaje éstos son inmigrantes. La población de origen inmigrado vive sobre todo en los núcleos industriales, que en la actual Cataluña son especialmente dos: Barcelona y su zona metropolitana, y Tarragona y su entorno. En ambas, los inmigrantes viven en grandes barrios, muy por debajo de los mínimos urbanísticos aceptables y que carecen por lo general de servicios sociales, educativos, culturales, deportivos, sanitarios y de ocio. La Generalitat empieza a disponer de competencias en estas materias. Aunque el gobierno de CiU no ha efectuado una política expresa para los inmigrantes, sí que ha construido escuelas, piscinas, bibliotecas, etc. En las áreas de Cataluña donde se aglutina la población

inmigrada y obrera se concentra, también, el voto de los partidos de izquierda, de manera que en su casi totalidad están regidas por ayuntamientos con alcaldes socialistas y comunistas. La izquierda ha acusado al gobierno de CiU de discriminar a estas ciudades en la distribución de las inversiones. Y, en consecuencia, de discriminar a los inmigrantes.

Otra cuestión es la consciencia de integración que experimentan los contingentes de inmigrantes establecidos en Cataluña. No existen muchos datos serios sobre el particular. En una mesa redonda realizada hace algún tiempo, un trabajador inmigrante explicó, refiriéndose al estado de ánimo imperante en los barrios obreros del cinturón de Barcelona, que «hace unos años todos teníamos interés en aprender el catalán y la verdad es que en estos últimos años hemos asistido a un progresivo desinterés y automarginación porque las expectativas de integración se han visto defraudadas.

En definitiva, ante la imposibilidad de resolver los problemas de los segmentos de la población más castigados por la crisis, entre los que hay una gran mayoría de inmigrantes, aplica una política de atenciones generales. Y ante la caótica situación urbanística y sociocultural heredada por los grandes núcleos metropolitanos catalanes, la política de inversiones se propone modificar las condiciones generales de vida de aquéllos en un proceso lento.

No faltan quienes dicen que, en ese aspecto, el gobierno de la Generalitat hace lo indispensable porque no tiene interés electoral hacer más. No parece justo. En todo caso, si hubo un tiempo, y no remoto precisamente, en que los procesos anarco-sindicalistas particularmente, revolucionarios, libertarios y proletarios definieron y mancharon de sangre muchos capítulos de la vida catalana —¿por qué no decir desde la Semana Trágica hasta la Guerra Civil?— no estaban divorciados del obrerismo inmigrado, nada ni lejanamente parecido podría acaecer en nuestro tiempo. Por muchas razones, desde luego. Una de ellas —decisiva— que Cataluña no es la que fue, y en muchas de sus mejoras han participado los otros catalanes.

Por último, entre los datos de que se dispone resalta el que se refiere al grado de enraizamiento de los inmigrados. Así, se comprueba que el 82,3 por ciento de los encuestados inmigrados lleva entre once y más de veinte años residiendo en Cataluña. Según los datos, uno de cada dos inmigrados hace más de veinte años que vive aquí. Sólo un 16 por ciento del total de inmigrados han venido a Cataluña en los últimos diez años y únicamente un 5 por ciento lo ha hecho en los últimos cinco años.

En conjunto, el número medio de años de residencia en Cataluña de la población inmigrante es de 18,6. A la pregunta: ¿Piensa quedarse a vivir en Cataluña?, el 87,5 por ciento de los encuestados responde «sí» y un 5 por ciento «no». Según los indicadores «número de años de residencia» y «expectativas de permanencia», parece claro que la comunidad inmigrada está muy enraizada en Cataluña y que, «al margen de su más o menos gran aceptación de la cultura y las costumbres catalanas, su integración en la vida de Cataluña es un hecho indudable.

EN TORNO A LA INTEGRACIÓN